

Busquemos el Bien de Todos

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo estén con ustedes.

Mientras continuamos nuestro camino en este Tiempo Ordinario, la Iglesia nos invita a reflexionar sobre la sabiduría de san Clemente, Papa y Mártir, uno de los primeros sucesores de san Pedro. Al escribir a la comunidad cristiana de Corinto a finales del siglo I, se dirigió a una Iglesia herida por las divisiones y les recordó una verdad que sigue siendo tan urgente hoy como entonces: «Busquen el bien de todos y no el propio interés.»

Estas palabras no son simplemente una lección de la historia; son una invitación viva a examinar nuestro propio corazón.

Por el Bautismo hemos llegado a ser un solo Cuerpo en Cristo. Nos reunimos alrededor de un mismo altar, profesamos una sola fe, compartimos una misma esperanza y somos alimentados por el único Pan de Vida. Cada vez que celebramos la Sagrada Eucaristía, el Señor nos une no solo con Él, sino también entre nosotros. Nuestra unidad no es algo que nosotros mismos construimos; es un don recibido de Cristo y una responsabilidad que estamos llamados a valorar, fortalecer y custodiar.

Sin embargo, sabemos cuán frágil puede ser esa unidad. Porque somos humanos, con frecuencia nos sentimos tentados a poner nuestras preferencias, opiniones o intereses por encima del bien de la comunidad. Las divisiones rara vez comienzan con grandes acontecimientos. Más bien nacen silenciosamente del orgullo herido, de las palabras duras, de los chismes, de la impaciencia, del resentimiento o de la falta de perdón. Podemos pensar que son cosas pequeñas, pero con el tiempo debilitan los vínculos de la caridad que nos unen. San Clemente nos pregunta con tristeza: «¿Por qué desgarramos y dividimos el Cuerpo de Cristo?»

Es una pregunta que todo cristiano, comenzando por mí como su párroco, debe hacerse en oración. Como su pastor, también yo debo examinar mi conciencia. ¿Guío siempre con humildad? ¿Escucho con paciencia? ¿Busco el bien de todo el rebaño antes que mis propias preferencias? El Evangelio nos llama a todos —no solo a los sacerdotes o a los responsables de ministerios, sino a cada bautizado— a una conversión constante. Ninguno de nosotros está exento del trabajo diario de parecernos cada vez más a Cristo.

Vivimos en un mundo marcado por la polarización, la desconfianza y el conflicto. Con demasiada frecuencia estas actitudes penetran en nuestras familias, nuestros lugares de trabajo e incluso nuestras parroquias. Pero la Iglesia está llamada a ser diferente. Nuestra parroquia debe ser un lugar donde la caridad venza a la crítica, el perdón triunfe sobre el resentimiento y la verdad sea siempre proclamada con amor. La unidad que compartimos es uno de los testimonios más convincentes que podemos ofrecer a un mundo dividido.

San Clemente nos recuerda que la verdadera grandeza no consiste en el reconocimiento, la influencia o en hacer siempre nuestra voluntad, sino en la humildad y el servicio. Cuanto mayores sean los dones que Dios nos ha confiado, mayor será nuestra responsabilidad de ponerlos al servicio de los demás y para la edificación del Cuerpo de Cristo. Cada ministerio, cada acto de servicio y cada sacrificio escondido deben reflejar el corazón de Jesús, que «no vino para ser servido, sino para servir».

Invito a cada miembro de nuestra familia parroquial a renovar su compromiso con nuestra misión común. Sigamos construyendo juntos una parroquia donde cada persona sea amada, donde todos encuentren un lugar, donde los corazones sean transformados por Cristo y desde donde todos sean enviados a anunciar el Evangelio.

- Oremos cada día por la unidad de nuestra parroquia.
- Pronunciemos palabras que edifiquen y no que dividan.
- Elijamos el perdón antes que el resentimiento.
- Apoyémonos mutuamente con paciencia y caridad.
- Preguntémonos no: «¿Qué quiero yo?», sino: «¿Qué quiere Cristo para su Iglesia?»

Cuando cada uno busca el bien común antes que su propio interés, la parroquia deja de ser simplemente una organización y se convierte en un signo vivo del Reino de Dios. Quienes nos visitan encuentran no solo una comunidad acogedora, sino la presencia misma de Cristo. Los niños aprenden cómo se vive el amor cristiano. Los heridos encuentran consuelo. Quienes buscan a Dios descubren un verdadero hogar.

Antes de recibir la Sagrada Comunión, hagamos una pausa y pidamos al Señor que quite de nuestro corazón todo aquello que nos separa de Él o de nuestros hermanos. Que la Sagrada Eucaristía, sacramento de la unidad, nos transforme continuamente en el Cuerpo de Cristo que recibimos, para que la comunión que vivimos en el altar se refleje también en nuestra vida cotidiana.

Encomendando nuestra familia parroquial al cuidado maternal de la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, pido al Espíritu Santo que nos renueve en la humildad, profundice nuestro amor mutuo y nos fortalezca para buscar siempre el bien de todos antes que nuestro propio interés.

Que nuestra parroquia sea verdaderamente una comunidad donde cada persona sea amada, donde todos encuentren un lugar, donde los corazones sean transformados por Cristo y desde donde todos sean enviados a anunciar el Evangelio con alegría.

Fielmente suyo en Cristo,

Padre Vilaire Philius
Párroco